



INFORMACIÓN EUROPEA CON RECURSOS LIMITADOS

ÁLVARO LÓPEZ GOIKOETXEA NALDA

La primera certeza que tienes al llegar a Bruselas es que su capitalidad no es como las demás. Sí, has aterrizado en la capital de un pequeño país, Bélgica, de poco más de diez millones de habitantes. Pero tu trabajo como corresponsal no se va a limitar, ni mucho menos, a lo que ocurra dentro de sus fronteras. Pronto tomas conciencia de estar realmente en la capital de Europa.

El núcleo del poder comunitario se concentra en uno de los barrios más inhóspitos de Bruselas, en el que las pequeñas edificaciones tan características de la ciudad han sido sustituidas por moles de cemento, acero y cristal. Hablamos del Barrio Europeo, limitado por dos imponentes parques, el del Cincuentenario y el de Bruselas. En unas pocas calles están los principales símbolos del poder de la Unión Europea: el Consejo, la Comisión y el Parlamento Europeo.

Es en esas instituciones en las que se discute, negocia y decide buena parte del futuro de Europa, el futuro de los 28 socios de la Unión. Pero a diferencia de lo que ocurre en las capitales nacionales, Madrid, París, Roma o Berlín, en Bruselas la mayoría de los medios de comunicación cuentan, en el mejor de los casos, con una humilde corresponsalía. Son contadas las excepciones. Son contados los medios que

tienen un equipo de profesionales acorde con el reto informativo que se plantea. Por poner un ejemplo, si en Madrid cualquier periódico, radio o televisión dispone de varios cronistas parlamentarios, periodistas asignados al seguimiento de la presidencia del gobierno o de los principales partidos de la oposición, aquí no, aquí todo cae sobre las mismas espaldas, las de un único corresponsal ¡Y eso que estamos en uno de los principales centros de poder a nivel internacional!

La precariedad limita a quienes, con más entusiasmo que medios se enfrentan a diario en Bruselas a la difícil misión de responder a las cinco preguntas básicas del periodismo: qué, quién, cuándo, dónde y por qué. Responder a estas interrogantes constituye un reto permanente y un irrenunciable compromiso con los ciudadanos, al fin y al cabo, los receptores finales de nuestro trabajo.

Para un corresponsal de televisión es imprescindible contar con los medios básicos para estar en contacto con los espectadores. De nada sirve tener una noticia si no puedes transmitirla. Tener la disponibilidad permanente de poder entrar en directo es necesario. Para ello no basta con una corresponsalía convenientemente equipada desde el punto de vista técnico. También es

necesario tener permanentemente abierta una ventana informativa con la que llegar de inmediato a los ciudadanos.

El primer reto, en la capital de la Unión Europea, es tratar de atender a todos los frentes que permanecen abiertos a diario. A la inagotable agenda de la Comisión Europea que se reúne semanalmente y que una vez al mes desplaza al colegio de comisarios a Estrasburgo, se suma el no menos denso calendario del Consejo Europeo. Prácticamente todas las semanas programa reuniones de los ministros de los 28, responsables de distintas áreas (Exteriores, Agricultura, Transportes, Economía, Justicia, Interior...). Tres meses al año, abril, junio y octubre, traslada sus reuniones a Luxemburgo, con lo que la infraestructura que los medios de comunicación tienen en Bruselas vale de bien poco. Para cualquier cosa es necesario viajar a la capital del Gran Ducado, si se quiere tener la declara-

ción de un ministro o enterarse de primera mano de una decisión del Ecofin o del Eurogrupo. Ello supone más gasto en viajes, hoteles y en el caso de las televisiones en la contratación de tramos de satélite para poder enviar las crónicas.

Por si fuera poco, el Parlamento Europeo se reúne una semana al mes en Estrasburgo, lo que obliga a un nuevo desplazamiento, con más gastos, nuevas dificultades técnicas y el permanente riesgo de dejar desasistido Bruselas durante los días del viaje. El círculo se cierra con los periódicos desplazamientos a los distintos país socios de la Unión, fundamentalmente al que desempeña la presidencia semestral, para cubrir alguna de las reuniones de ministros calificadas de informales.

Además, Bruselas, como gran centro de poder que es, cuenta con una de las más nutridas plantillas de lobistas existente a nivel internacional, solo por detrás de Was-



hington. Todos quieren influir en la toma de decisiones y que estas favorezcan a sus intereses de parte. Uno de los objetivos de cualquier lobistas son los medios de comunicación, que deben permanecer siempre alertas y sin bajar la guardia.

Para tratar de paliar los problemas de todo tipo que acarrea la apretada agenda y la dispersión de sedes, las propias instituciones cuentan con una serie de facilidades para los medios. Existen dos canales audiovisuales (EBS y EBS+) que proporcionan muchos materiales informativos y permiten acceder en directo a numerosos foros (ruedas de prensa, debates parlamentarios...). Las principales instituciones, Comisión, Consejo y Parlamento Europeo cuentan con estudios de radio y televisión propios que ponen a disposición de los medios. Es frecuente también que cedan a quien lo solicite equipos ENG para la grabación de contenidos audiovisuales.

¿Es ésta la mejor forma de afrontar la cobertura de toma de decisiones que afectan a 500 millones de ciudadanos? Rotundamente no. Resulta chocante que en el primer mundo, en una de las grandes potencias económicas a nivel internacional, las propias instituciones se conviertan en agente clave a la hora de gestionar la información. Los medios viven a diario en buena medida de lo que los responsables de las instituciones decidan transmitir, en directo o diferido. La rapidez con la que se desarrollan los acontecimientos y la falta de recursos de muchas empresas periodísticas debilitan la labor de fiscalización a la que todo poder público debe someterse. Es impensable que con la escasez de medios que la mayoría de empresas de comunicación tiene para afrontar la cobertura de las noticias generadas en el seno de la Unión Europea, el resultado sea completamente satisfactorio.

Resulta imprescindible recordar que solo en los últimos años hemos asistido a

una crisis existencial de la zona euro que ha estado a punto de dar al traste con un proyecto clave para el futuro de la Unión. Lo ocurrido desde el inicio de la grave crisis económica internacional, allá por 2008, y su deriva europea con Grecia al borde del precipicio desde comienzos de 2010, ha tenido en vilo a la comunidad internacional. Países como la propia Grecia, Portugal, Irlanda o Chipre, tuvieron que ser rescatados. España necesitó un programa de ayuda para salvar a su sector bancario. Italia y, de nuevo, Grecia vieron sustituir sus gobiernos por otros integrados por tecnócratas del gusto de Bruselas. La crisis agudizó el pulso entre los defensores del "método comunitario" (la toma de decisiones en el seno de las instituciones de la Unión) y quienes primaban el papel de los gobiernos nacionales, que fueron quienes finalmente se hicieron con las riendas de la situación.

Grecia ha estado a punto de estallar en varios momentos pero el trabajo realizado a lo largo de estos últimos años en la zona euro ha permitido reducir paulatinamente los riesgos de ese estallido para el resto de socios de la moneda única. Si las crisis sirven para avanzar, esta no es una excepción y hoy la eurozona cuenta con una estructura más sólida que hace sólo cinco años.

Pero los retos se le acumulan a la Unión Europea, inmersa en una crisis de refugiados sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial. De nuevo los intereses nacionales se han impuesto por momentos, dejando en entredicho la toma de decisiones a 28. Los muros han vuelto a levantarse en las fronteras nacionales, poniendo en jaque la libre circulación, otro de los elementos clave del proyecto comunitario. Por si fuera poco, el Reino Unido ha marcado en rojo en su calendario político para 2017, la celebración de un referéndum sobre su permanencia o no en la UE.

Solo son algunos de los hitos que Europa tiene planteados. Los he querido apuntar para volver sobre la cuestión troncal de esta pequeña aportación. La limitación de recursos de buena parte de los medios de comunicación a la hora de hacer el seguimiento informativo a cuanto acontece en el seno de la Unión Europea, el proyecto

político más ambicioso y apasionante en el que nuestro país se haya involucrado en muchos años. La salud de la democracia también se mide por la salud de sus medios de comunicación y, al menos por lo que se refiere a la información sobre la UE, los nuestros están aquejados de un notable resfriado.

